



Carlos Cuauhtémoc Sánchez

CONTRA VENENO

Los planes de divorcio
intoxican el alma.
Este libro es un antídoto



Esta novela contiene un extraordinario mensaje de superación y esperanza.

Narra la historia de una pareja que vive la lucha posterior a su divorcio; la forma en que se hieren, lastiman a sus hijos, sufren tragedias paralelas y, sin embargo, triunfan en su nueva realidad.

Lo grandioso de «Contraveneno» es que sus principios pueden aplicarse, no sólo en fracturas familiares, sino en muchas otras situaciones de crisis.

Sin duda, ésta es una obra única, escrita para lectores tenaces que nunca están dispuestos a dejarse envenenar.

AGRADECIMIENTOS

Hace poco vi en la televisión a un atleta de alto rendimiento, tratando de romper el récord mundial de su especialidad. Lo asesoraban entrenadores, técnicos, psicólogos, médicos, masajistas y publicistas. Comprendí que el atleta jamás lograría su propósito si no contara con toda esa gente comprometida alrededor.

Tuvo éxito y pasó a los anales de la historia, pero su equipo de apoyo quedó en el anonimato. Es injusto.

Algún día debería erigirse un salón de la fama para aquellos que han puesto su corazón ayudando a otros. Podría llamarse el «salón de la trascendencia»: Quien sube a una cima *asciende*, quien lo empuja, en un acto de amor y servicio, *trasciende*.

Desde que emprendí la aventura de escribir una novela de superación cada año, un grupo de personas extraordinarias se han aprestado a ser mi equipo de apoyo.

Yo he ascendido y ellos trascendido:

Ivonne, pienso en ti todo el tiempo. Eres la primera persona que lee lo que escribo y la última en mostrarse satisfecha. Gracias por ser la motivación de mi vida y la musa de todos mis libros.

Sheccid, Ivi y Charly; gracias por venir a abrazarme cada noche antes de irse a dormir. Después de sentir sus besos, escribo con mayor entusiasmo y me llega por fin la inspiración. Los amo.

Cuauhtémoc Sánchez, me has guiado a escribir con prudencia y rectitud. Eres quien está más consciente de los peligros. Gracias por cuidarme las espaldas.

Rosa Elena Gutiérrez, las semillas que sembraste en mi corazón, ahora son libros. Gracias por creer en mí, cuando nadie lo hacía.

Pilar Sánchez, nadie me hace poner los pies en la tierra mejor que tú. Te agradezco por esa sutil combinación de dureza y amor.

Liliana Sánchez, eres quien me da más ánimo y motivación. Por eso cuando te veo sería, después de leer un capítulo, sé que debo volver a comenzar.

Juan, gracias por ser mi compañero para el deporte y mi amigo para la vida. Tu nobleza me motiva a escribir con el corazón.

Emilio Aparicio, tu gran empeño en cuidar y administrar las ediciones, han logrado que el barco siga a flote. Gracias.

Luis Gabriel César, charlar contigo una hora me proporciona fortaleza espiritual durante varias semanas. Gracias por ser un instrumento de Dios.

Yolanda Elorriaga, gracias por su franqueza y claridad de juicio. Comenzamos juntos esta historia y espero que la terminemos juntos.

José Luis y Lilia Rodríguez, ustedes son mis más estrictos sinodales; me obligan a estudiar y dar siempre un mayor esfuerzo.

Teresa Natalia, además de hacer las traducciones de mis escritos, detectas errores y me das directrices. Gracias por regalarme tu luz.

Mauricio Herrera, eres mi corrector más creativo. Gracias por esmerarte en las revisiones y por aportar tantas ideas.

Marianne Walker, gracias por tus oraciones, tu cuidado y tu profesionalismo al traducir mis libros al inglés. Somos un equipo.

Beatriz Espinoza, gracias por sus estupendas investigaciones de campo y sus palabras de aliento.

Jorge Sánchez, tu colaboración en el diseño y formación de mis libros ha sido magnífica. Gracias por ser tan paciente conmigo.

Miguel y Laura Morett, gracias por su apoyo incondicional y su amistad invaluable; nadie enseña con el ejemplo mejor que ustedes.

Un agradecimiento especial al extraordinario equipo de *Ediciones selectas diamante*, *IDENAP* y *Líderes integrales*. Sin ustedes ninguno de mis libros hubiese visto la luz.

Querido lector: Saber que, al igual que yo, tienes necesidades, anhelos y emociones, me permite redactar los capítulos como cartas dedicadas especialmente a ti. Gracias por leerlas.

INTRODUCCIÓN

La mayoría de mis novelas se basan en testimonios de personas que me relatan sus problemas. Últimamente he escuchado muchos casos sobre rupturas y pérdidas afectivas.

Cuando me encontraba más indeciso sobre si debía abordar el tema, fui invitado como orador en un congreso de superación. Ahí conocí a una conferencista que ha leído mis trabajos. Charlé con ella y, de pronto, me tomó por los hombros para decirme:

—¡Carlos, debes escribir ese libro! En tus anteriores obras te has basado en el esquema de hogares tradicionales. No todos son así. ¡La mitad de los niños del mundo crecen en familias de un solo progenitor! El cincuenta por ciento de los matrimonios por el civil se disuelven y de los que se mantienen enlazados, la mitad son declarados nulos en la vida cotidiana por los mismos cónyuges, ¿lo puedes creer? ¿Tienes idea de lo que sufre quien ha sido envenenado por un divorcio irrevocable? ¿Te imaginas lo que siente una persona al perder lo único que le quedaba? ¿Sabes lo que le ocurre a los hijos de un hogar fracturado y cómo, eventualmente pueden restablecerse de la caída? ¡Además, existen otras desgracias que también intoxican el alma de forma letal y hay muchas personas en busca desesperadas de un contraveneno!

Su vehemencia era casi contagiosa. Nos dirigimos hacia los camerinos y ella prosiguió:

—Has plasmado ideas que pretenden evitar rupturas, pero ¿qué le dices a quienes recibieron los consejos demasiado tarde, no los recibieron, o simplemente no pudieron

aplicarlos? Además, si tus libros, como alguna vez dijiste, aspiran a ser más preventivos que correctivos, reflexiona: ¿Sabes cómo puede prevenir a un lector cuya vida es más o menos estable, visualizar lo que le sucede a quienes incurren en errores como los que él ha estado tentado a cometer? Yo conozco varios casos interesantes... En especial uno que te impactará... Siéntate, ponte cómodo...

Obedecí buscando pluma y papel.

Conforme mi colega narraba, me fui internando con ella en el mundo del dolor, pero también paulatinamente descubrí el hilo de una esperanzadora sabiduría que podría darle luz al oscuro túnel en el que viajan miles de personas en circunstancias similares.

A partir de ese día me encerré a desglosar, palabra por palabra, todas las cartas que recibo sobre el tema y a estudiar con cuidado a los especialistas en la materia. No pude evitar, durante los meses que tardé en escribir el testimonio de mi amiga, vivir con intensidad los detalles de su drama y dejar parte de mi alma en el relato.

Este libro habla sobre el divorcio, pero no es sólo para divorciados: Es para quien desee armarse de espada y escudo que lo ayuden a no dejarse abatir por los infortunios y, sobre todo, para quien esté dispuesto a poner una sólida coraza protectora a sus relaciones afectivas en el futuro.

Deseo, querido lector, que disfrutes leyéndolo tanto como yo disfruté escribiéndolo, pero ojalá encuentres también aquí, las luces de discernimiento que me ayudaron a mejorar algunas de las ideas substanciales de mi vida.

Carlos Cuauhtémoc Sánchez.

1

PUDRIÉNDOSE POR DENTRO

Desde hace años, dirijo grupos de recuperación para personas que han sufrido pérdidas afectivas. También hago el papel de mediadora durante divorcios. He visto casos conmovedores, pero ninguno como el que voy a relatar. Me afectó en forma personal. Tanto, que mi vida no ha vuelto a ser la misma desde entonces.

Todo comenzó cuando alguien puso en mi buzón una nota solicitándome ayudar a cierta pareja de forma urgente. Se me daban los nombres de las personas a quienes debía asistir y su dirección. El anónimo estaba engrapado a un cuantioso cheque en el que se me pagaba por adelantado el trabajo de consultoría por varios meses. Investigué su procedencia sin mucho éxito. El domicilio era el de un cantante. Patricia, la hija de mi esposo lo conocía.

—Es un genio —me dijo—, lo suficientemente famoso para llenar los teatros con el público cautivo que lo sigue a todos lados... Yo soy una de sus admiradoras y, según sé, acaba de divorciarse. Él y su exesposa se están despedazando.

—Qué extraño, Patricia —le contesté—. ¿Quién crees que me haya enviado esta nota? Piensa. El cheque es de una empresa. ¿No te parece ridículo? Jamás se hace un trabajo de consejería por encargo. Son los interesados quienes deben buscar la ayuda y pagar por ella.

Patricia aseguró no tener la menor idea. El enigma me producía un franco malestar. Tuve el cheque en mi bolso durante varios días. Al fin, decidí ir al domicilio en el que se solicitaban mis servicios para evaluar el asunto. Le pedí a mi esposo que me acompañara.

Cuando llegamos a esa mansión, nunca esperamos que al tocar a la puerta, ésta se abriera frente a nosotros dejando escapar un tufo maloliente. Retrocedimos con gesto de asco, pero no fue esa la única ni la mayor impresión de repulsa que recibimos. Fue la total oscuridad quebrantada sólo por el destello tambaleante de una linterna que se movía detrás de la puerta.

—¿Nos traen dinero, al fin? —preguntó una voz débil y aguda.

La luz se detuvo en nuestras caras. Interpuse una mano para evitar ser deslumbrada. Distinguí dos cuerpos menudos como los de un par de niños escondiéndose.

—¿Están sus papás?

—No.

La puerta comenzó a cerrarse. Me di cuenta que en ese lugar se requería de verdad asistencia urgente.

—Esperen. Venimos a ayudarlos.

En ese instante las dos personitas discreparon. Una insistió en expulsarnos de su territorio y la otra intentó confraternar.

—Son amigos.

—Quítate, tonta... cerremos la puerta.

—Vienen a ayudarnos...

—Nadie puede...

En su forcejeo, la linterna cayó al suelo y se apagó; César la tomó de inmediato.

—¿Qué quieren? —preguntó la voz precavida.

—Ya les dije —contesté—. Brindar auxilio.

César reparó la linterna y la encendió. Pudimos descubrir a dos niñas con un parecido casi gemelas, de enormes ojos claros y gesto atemorizado.

—¿Por qué no hay luz? —cuestioné.

—Se fue desde ayer.

—¿Y por qué huele tan mal? ¿Están sus papás? Deseamos hablar con ellos.

Los papeles se habían invertido. La linterna daba a su poseedor una clara jerarquía. —Mi mamá está adentro... dormida.

—¿Toma medicinas?

—Sí.

—Queremos hablar con ella, ¿puedes despertarla?

—No...

—¿Desde cuándo está dormida?

La niña desconfiada impidió a su hermana seguir informando. Arrebató la linterna a mi esposo y jaló a su melliza. No se atrevieron a cerrar la puerta, sólo corrieron hacia la oscuridad sin separarse un palmo una de la otra, como si lo único confiable que tuvieran para refugiarse fuera su mutua cercanía.

—¿Qué hacemos? —Preguntó César—. Este lugar apesta.

—¿Por qué no buscas la caja de fusibles y revisas si puedes restablecer la luz?

Procedió de inmediato sin contestar.

Cuando volví la cabeza hacia el interior de la casa, descubrí el cuerpo erguido de un adulto a escasos metros frente a mí. Me sobresalté. Era una mujer de cabello largo, alumbrada paupérrimamente por la luz mortecina de una vela.

—¿Señora Fuentes? —pregunté.

—¿Quién es usted?

—Soy una divorciada —declaré.

—¿Perdón?

—Hace diez años me separé de mi primer marido —dije levantando la voz—. La ruptura me hizo mucho daño. También nuestros hijos sufrieron enormemente. Pero todos rehicimos nuestra vida.

Olga Fuentes tardó en contestar. Se talló los ojos con una mano, sosteniendo la vela con la otra como si mirara a un espectro parado en el umbral de su puerta.

—¿Por qué vino aquí?

Era del todo impropio sacar el cheque de mi bolsa para devolvérselo. A todas luces, Olga no lo había enviado. Opté por argumentar lo más simple, con el riesgo de no sonar muy creíble:

—Patricia, la hija de mi segundo esposo me lo pidió. Ella sabe que ustedes necesitan apoyo.

—¿Su *hijastra* se lo pidió? —repitió como tratando de comprender y dando al sustantivo un énfasis de desprecio.

—Sí. Tiene veinticuatro años y es admiradora de... ustedes.

—¡Aaaah! —dijo enfureciéndose—. ¡Ya veo! Haga el favor de salir de aquí.

Quiso empujarme; me resistí.

—Señora Fuentes, su exmarido es un artista, una figura pública. Hay quienes lo idolatran... y tratan de ayudar. No lo tome a mal.

—Todas las admiradoras de Fausto son unas rameritas. ¡Lárguese!

Contrarresté el empujón. Ella, al sentir que no podía conmigo, dio un grito de rabia y me plantó su vela en la mejilla. La llama se apagó de inmediato, pero la cera ardiente me abrasó. Emití un alarido de dolor y me llevé ambas manos a la cara. Miré a la mujer enfadada; su silueta había desaparecido en la penumbra. Al fondo de la estancia, las niñas agazapadas contemplaban la escena prendiendo y apagando la linterna.

Dudé unos segundos. Caminé hacia atrás, ¿valía la pena seguir arriesgándome?

—Señora Fuentes —comenté sin moverme de mi lugar—. Yo trabajo con personas divorciadas. Si sigue ciertos pasos, es posible reconquistar la dignidad y ser feliz otra vez. ¿Quiere intentarlo?

—¡Quiero que se vaya de esta casa! —me gritó—. Tengo un florero de cristal en la mano. Si no se va, voy a asesárselo en la cabeza.

Me convenció.

Cuando estaba dispuesta a dar media vuelta, César logró arreglar el fusible y las luces de la casa se encendieron. Ante mí se presentó el cuadro más contradictorio que jamás había visto: por un lado, muebles perfectos, piso de mármol recién pulido, vitrinas relucientes, cortinas prolijamente acomodadas y, por otro, dos niñas sucias abrazándose en la esquina de la estancia, varios metros atrás de una señora despeinada, cubierta con una camiseta mugrienta de algodón, sin sostén y sujetando un florero para arrojármelo.

Tardé en asimilar la escena. ¿Acaso, en su loca desesperación, se dedicaba a abrillantar la casa hasta dejarla como el suntuoso escenario de una ópera de gala, sin verse ella misma al espejo ni lanzarles una mirada de piedad a sus aterradas hijas? Hice un último intento:

—Olga... yo la comprendo... Historias de personas como usted y como yo, son contrarias a lo que *debería* de suceder, pero son las que más ocurren... Por desgracia las familias estables son pocas. Muchas parejas hemos sufrido rupturas drásticas y somos una mayoría llena de desconfianza, rencor, episodios depresivos e ira. Hemos sufrido mucho, pero eso no significa que debemos vivir avergonzados.

César llegó corriendo hasta mi lado. En unos segundos analizó la situación. Igual que yo, notó la discordancia entre las piltrafas humanas y el esplendor del mobiliario; entre la aparente asepsia extrema y el extraño hedor.

—Le presento a mi marido.

La mujer levantó el florero.

—Señora, cálmese —dijo él con su habitual voz tranquila—. Entienda que nosotros no tenemos necesidad de estar aquí. Nuestra única intención es ayudar.

Olga Fuentes bajó la guardia lentamente.

—¿Son consejeros matrimoniales?

—César es empresario —contesté—. Tiene restaurantes. Soy yo quien se dedica a dar orientación, pero mi especialidad no es reintegrar matrimonios, sino ayudar a quienes han sufrido la desgracia irreparable de una división familiar.

—Mamá —nos interrumpió una de las niñas—. Están saliendo muchos animalitos por debajo de la estufa.

Olga dejó la pieza de cristal sobre la mesa y caminó hacia la cocina. Fuimos tras ella. El mal olor se incrementaba notablemente al entrar ahí. En efecto, unos insectos rastrosos, pequeños como gusarapos y acorazados como escarabajos, entraban y salían del espacio que había entre el piso y el faldón de la cocina.

César se puso en cuclillas y echó un vistazo.

—Hay cientos de ellos... Sería bueno jalar la estufa para ver de dónde vienen.

Olga Fuentes asintió. Mi esposo hizo la maniobra con dificultad. El cuadro que descubrió fue repugnante. Las niñas gritaron. Olga se tapó la boca conteniéndose para no vomitar. Un gato tieso, de pelo mojado y herrumbroso estaba siendo devorado por una plaga de coleópteros necrófilos y moscas.

—¿Qué es esto? —cuestioné, sabiendo bien lo que era.

—Yo lo sacaré —se comió César—, sólo dígame dónde hay una escoba y un bote de basura...

Olga Nidia señaló la puerta del rincón.

—¿Es su mascota?

—No. Tal vez de algún vecino.

—¿Cómo habrá llegado hasta aquí?

—Quizá Fausto lo golpeó y el pobre animal malherido se metió a la casa por una ventana.

Me pareció una conclusión precaria basada en hipótesis endebles.

César le dio la vuelta con el palo de la escoba.

—Tiene un golpe en la oreja.

—¿Lo ven hijas? ¿Ven por qué les dije que no podemos confiar en su padre? Uno de estos días nos puede matar a alguna de nosotras.

—No diga eso, Olga —sugerí—. Son conjeturas muy peligrosas.

—Señora —comentó mi esposo—, ese gato tiene al menos una semana de muerto ¿usted no se dio cuenta? Toda la casa huele mal.

—¿Qué día es hoy?

—Domingo.

—Domingo... —repitió como haciendo cuentas—, hace ocho días que no salimos.

Moví la cabeza sin acabar de creer. ¿De modo que el cuerpo del animal se descompuso gradualmente mientras ellas se acostumbraban al mal olor en su largo enclaustramiento con las ventanas cerradas?

—Cuando me siento bien, limpio los pisos y alimento a mis hijas... luego me duermo un rato. Tomo antidepresivos. Últimamente he dormido mucho.

—Es increíble... —comenté—, esto me recuerda a una chica abandonada por su novio seis días antes de la boda. El muchacho simplemente se fugó para evadir el compromiso. Entonces, ella se llenó de amargura y coraje. La conocí varios años después. Le pregunté por qué nunca había vuelto a enamorarse de otro hombre y me contestó con una frase muy gráfica; dijo simplemente: «porque me estoy pudriendo por dentro». Perdóne que se lo diga, pero lo mismo le está pasando a esta casa y a todos los que viven en ella.

César comenzó la desagradable tarea de sacar el cuerpo fétido cuya procedencia era un enigma. Las niñas miraban aterradas. Olga Nidia se dirigió a mí:

—Estoy muy confundida. ¿Realmente necesitaré ayuda profesional?

—El divorcio es un cambio tal ante que provoca diversos daños —contesté—. A una persona casada todos la

identifican como «la esposa de Jorge» o «la mamá de Mary». Cuando la ven sola suelen preguntarle: «¿Cómo están tus hijos?, ¿y tu marido?, ¿no vino? Pero ¿por qué?». El divorciado pierde su familia, su historia y su identidad. Son palabras mayores. A la carga emocional se suma la social. Puede salir sola del escollo, pero es mucho más fácil si cuenta con ayuda.

La mujer me miró fijamente. Agachó la cabeza y reparó en su pésima indumentaria, quizá por primera vez en ocho días. Sus enormes pechos se transparentaban en la delgada camiseta sucia; sintió vergüenza. Se volvió para comprobar si mi marido la espiaba, pero César estaba muy ocupado haciéndose cargo de los restos del animal, seguido de las mellizas que habían trocado su horror en asqueada curiosidad.

Todos saltamos al escuchar la voz de un hombre situado a nuestras espaldas.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Hay fiesta?

—¡Papá! —Gritó una de las niñas—. Encontramos un gato muerto. Mira, ven. ¿Tú lo mataste? ¡Mamá dijo que fuiste tú! ¿Por qué lo hiciste?

El hombre se quedó estupefacto. Estábamos, al fin, frente al famoso artista bohemio que cantaba canciones de amor y hacía soñar a mujeres como Patricia. Abrió las ventanas de par en par y después caminó a grandes pasos hacia su exesposa para tomarla de un brazo.

—¡Acabo de enterarme de la última porquería que hiciste! —le dijo a gritos—. Vengo de la disquera. ¡Ya me dijeron tu último chiste! ¿Crees que vas a poder destruirme? Antes te mato ¿me oyes?

Las niñas gritaban tratando de separar a sus padres.

—¡Es verdad! ¡Tú mataste a este gato! Mamá nos lo dijo. Y tiene razón. Nos quieres matar a nosotras también.

El hombre jaloneó a la mujer.

—¿Les dijiste eso a las niñas? ¿Y por qué no les dices lo que me has hecho a mí? ¿Por qué no les dices que te